

SINGULARIDADES

DEL ARTE PALEOLÍTICO ESPAÑOL

EN

PINTURAS Y GRABADOS RUPESTRES

POR EL

MARQUÉS DE CERRALBO

De la Real Academia de la Historia

PRÓLOGO

Á LA OBRA

EL ARTE RUPESTRE EN ESPAÑA

DE

D. JUAN CABRÉ AGUILO



MADRID

Artes Gráficas «Mateu»

Paseo del Prado, 34.

1915

SULTA
LIOTECA

CONSULTA
BIBLIOTECA

SINGULARIDADES

DEL ARTE PALEOLÍTICO ESPAÑOL

EN

PINTURAS Y GRABADOS RUPESTRES

POR EL

MARQUÉS DE CERRALBO

De la Real Academia de la Historia

PRÓLOGO

Á LA OBRA

EL ARTE RUPESTRE EN ESPAÑA

DE

D. JUAN CABRÉ AGUILO



MADRID
Artes Gráficas «Mateu»
Paseo del Prado, 34.
1915



PRÓLOGO

Con apremio de tiempo, me piden unos renglones que antecedan á este libro, y para corresponder á la invitación, escribo, no desde el aparato de un Prólogo, sino como una felicitación al notable autor, y un saludo de homenaje á los lectores que acuden á estudiar en páginas de laboriosísimo trabajo y singular mérito los extraordinarios avances, la novedad atractiva que para una ciencia, también nueva y no bastante generalizada, ha conseguido, ha otorgado y ofrece el sobresaliente explorador arqueólogo D. Juan Cabré y Aguiló.

No es este libro solamente feliz resumen de centenares de otros, á cuyo examen se ha dedicado muchos meses de muchísimas vigiliás; ni aun se conforma con añadir el análisis de Museos públicos y colecciones particulares; que si á todo ello se prosigue por los desvelos de ilustrada meditación, de analizadoras comparaciones y segura crítica para organizar un buen libro, hay que admirar en éste condiciones singularísimas, trabajos sumamente especiales, que representan y se traducen en labor de penalidad, hasta suma, pues imponen y declaran sacrificios; que sacrificios son esas peregrinaciones de leguas y leguas, por meses y meses, sin caminos que alivien la romería científica, por los más encumbrados y gigantescos peñascos de las solitarias y tajadas sierras, en las que el indescansable vendaval, y el helador aplanamiento de los ventisqueros, como el agobio de las llanuras levantinas bajo un sol que no alumbra, que arde; ciega, no brilla. Y cuando se llega á una de esas centenares de estaciones descubiertas ó

estudiadas por Cabré, descargar la abrumada espalda de todo el material científico indispensable: rollos de papel de calcar, aparatos de mensuración, máquina fotográfica, los pesados paquetes de placas de todas clases, sin olvidar las de colores para irrecusables testigos de la lograda novedad arqueológica, ó de los conjuntos y los detalles, ó de la rectificación crítica; y en penosísima labor artística y científica transcurrir semanas, para, á todo trabajo concluído, pretender darle por continuación otro, y así seguir y seguir recorriendo los desenderados campos y las atermopiladas montañas en angustiosa rebusca de nuevos datos que ofrecer á la Ciencia, sin otro estímulo que aspirar á servirla, pues desgraciadamente en nuestro país los trabajos del explorador arqueólogo, si poco se atienden, en menos se estiman, y en nada se recompensan. Pero cuando el entusiasmo y el amor á la Ciencia monopolizan, y á estos grandes sentimientos se asocia el hirviente del patriotismo, no hay satisfacción ni premio mayores que ofrecer á España, á nuestra amadísima España, unos datos nuevos para su maravillosa historia, y algo suyo, peculiar de ella, que aventaje al extranjero. España y la Ciencia son dos hermosísimas hermanas, que en su grandeza van irguiéndose de la tierra entre nubes de soles, y tanto y tanto se remontan hacia el cielo, que ya no distinguen nuestros ojos sino una sola figura, la de su gloria. Y el excavador arqueólogo, como un enloquecido enamorado, corre y corre, invoca é invoca, y ama y ama á la Ciencia española, y con una sola mirada que ésta le dirija de estimación, ha conseguido la felicidad y el premio á todos sus trabajos, aun más, á toda su vida de apasionado estudioso: así, y como así, ha formado y ha escrito esta obra Cabré, que yo tengo el honor de presentaros.

Y ¿cómo hablar del amor á España, y el mío no desbordar su fiebre por estos renglones?

*España es el país del arte, de la originalidad, del espiritua-
lismo. Todas estas condiciones las proclama y atestigua desde su
origen, y circunscribiéndome en este acto á la época antrópica, á
la primitiva, y, dentro de ésta, al tema del presente libro, al arte*



Laussel.—Dordoña (Francia).



Laussel.—Dordoña (Francia).



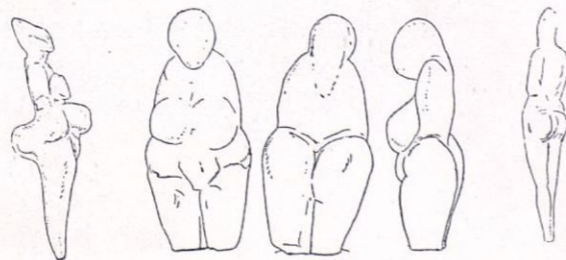
Villendorf (Austria).



Brassempouy (Francia).



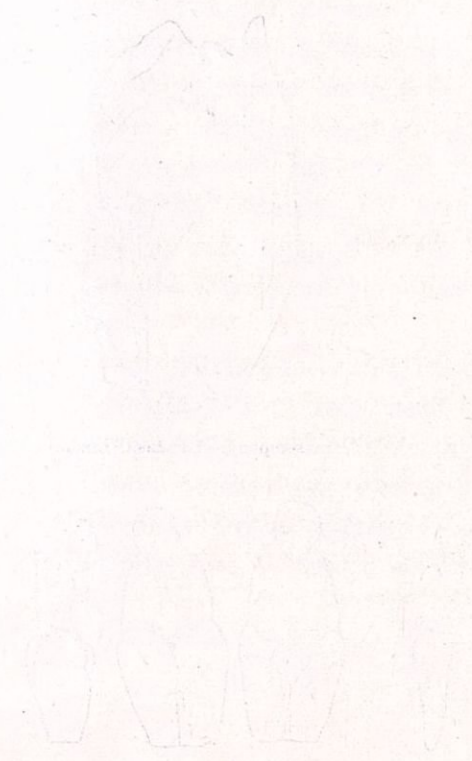
Brassempouy.—Landas (Francia).



Baoussé-Roussé (Italia).

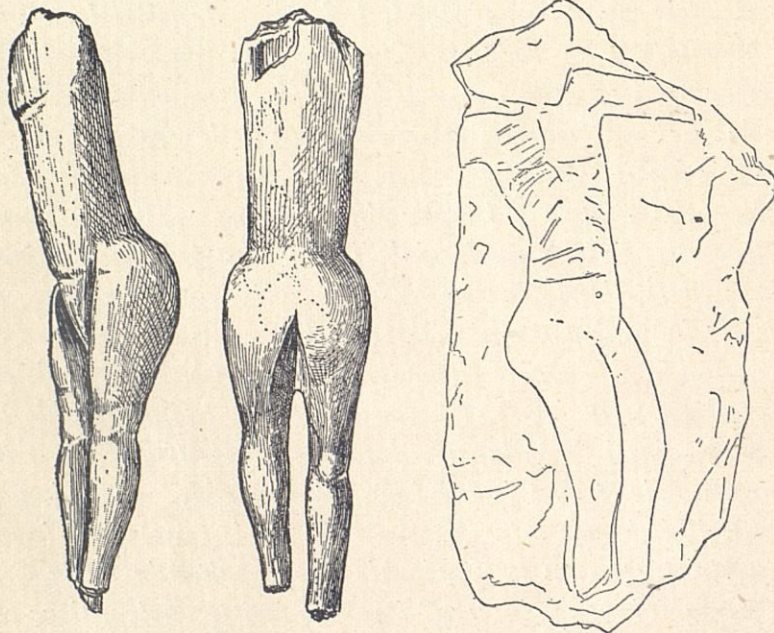


Langerie-Basse.—Dordoña (Francia).



paleolítico, le hallamos en un gran adelanto sobre el extranjero; en éste la generalidad de las figuraciones de animales las presentaron en estación tranquila, con excepciones como entre otras son el reno y caballo corriendo de Font-de-Gaume; los renos del bastón de mando de la Magdalena; los panzudos caballo y cabra de la Mouthe; mal corre la cierva de Lortet y el precioso caballo de Teyjat; les aventaja el lobo de Gourdan, y mejor que todos éstos, el reno de Saint Marcel. Pero los artistas españoles no se contentan con hacer maravillas pintando toda clase de animales en estación tranquila y en posturas diversas; sino que se arrojan frecuentemente á la gran innovación y á la extrema dificultad de reproducir el movimiento, las acciones, y lo logran con supremo arte y admirable verdad, como en el jabalí corriendo y herido de la Cueva del Charco del Agua Amarga; los caballos y bisontes de Altamira, con su corredor jabalí, y el otro que para impresionar la vista, fingiendo la carrera, le pintaron con ocho patas: añádanse los lobos ó perros de Alpera; el bisonte y cabra de Castillo; y ¿dónde más gracia en andar, ni soltura en correr, ni movimiento al salto, que en los ciervos y cabra de la insuperable estación pictográfica de Calapatá, descubierta por Cabré? Y ¿quién con cuatro rojos trazos podría imprimir más vida, más animación, mayor agilidad, más arte, ni naturalidad más exacta que logró el artista pleistoceno en su admirable ciervo saltando de la Cueva del Charco del Agua Amarga? Pero los artistas paleolíticos españoles no se conformaron reproduciendo los animales con tan absoluta verdad que ni les aventajan las admirables paletas de Sneiders y Pablo Vos, sino que los fingen con realismo exacto en movimiento, y aun se exceden á constituirlos en combinaciones, en grupos de una acción hasta sensible; pero sería por demás largo enumerar los notables casos de las pictografías españolas, sin que, por ser tantas, olvidemos las extranjeras, como entre otras el precioso ciervo bebiendo de Thaingen; los dos renos olfateándose de Font-de-Gaume, los que se combaten de Bruniquel y los que se persiguen en Laugerie-Basse; pudiendo citarse las medio composiciones del toro que va tras una vaca en Teyjat y el

caballo siguiendo á una yegua en Font-de-Gaume; debiendo casi recordarnos de la inconcebible asalmonada composición de Lortet, pero sí consignar con admiración el grupo incomparable de un bisonte macho persiguiendo á la hembra, que en barro esculpiron al interior de la caverna de Tuc d'Audoubert, escena erótica, que una humana tal vez se grabó en Combarelles; y este caso me hace pensar en otras grandes singularidades españolas.



Venus de Vibraye.
Laugerie-Basse.—Dordoña (Francia).

Laussel.
Dordoña (Francia)

La mujer, ese encantador último acto de la Creación divina, emblema ideal de la Naturaleza; bellísima triunfadora de la soledad; excelsa multiplicadora de seres que sirvan, alaben y bendigan á Dios; cimiento de la Patria, maga sublime, que idealiza la sensibilidad del hombre; esto siempre fué para el ibero la mujer, desde aquella edad en que empezó á contar la suya el hombre, y así en tanto que para otros pueblos primitivos, la mujer pudo quedar en hembra, el español parece recogerla del Paraíso para algo más, para incomparable compañera, para esposa. Las re-

presentaciones de mujeres paleolíticas en varios puntos del extranjero, nos las presentan completamente desnudas, colosalmente gruesas, con pechos enormes, tales en Italia las de Baoussé-Roussé, en Francia la de Laugerie-Basse grabada á los pies de un reno; los torsos de Brassempouy, las tres célebres esculturas de Laussel, y como arquetipo de todas ellas, la austriaca de Willendorf; mujeres todas estas que acusan una extraña vida; seres como alojados en la cabaña, de donde apenas saliesen. Así son tan colosalmente gruesas, tipos insuperables de esteotipigia, y para más determinar su misión á casi todas las representan embarazadas, con la rara excepción de la llamada Venus de Vibraye, á la que aun designan los arqueólogos como la Venus impúdica, tronco destrozado sin pies, sin brazos y sin cabeza. Se las creía perteneciendo á unas tribus nómadas, y parece negarlo la exuberancia de sus carnes, que acusan quietud; por eso de los hombres nos llegaron representaciones unánimes de flacos, como el dudoso de Brassempouy y el seguro de Laussel, correspondiendo á su agitada y constante vida de montañeses cazadores. Extraordinaria singularidad española parece ser en el periodo cuaternario encontrarlas constantemente vestidas, que así nos las perpe-



Grupo de mujeres de Cogul.—Lérida (España).

tuaron en interesantísimos grupos, ya en la incomparable danza de Cogul, ya también como anticipadísimas deseadas Sabinas,

no raptadas por la batalladora defensa que ante ellas hace su guerreadora tribu de Alpera; y el vestido que aquellas usaban, se

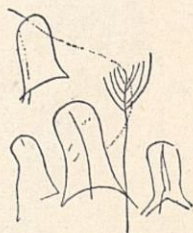


Damas de Alpera (España).

reduce á corta falda que cubre desde la cintura á poco más de la rodilla, dejando todo lo demás del cuerpo desnudo; falda que es algo más que un vestido, es el venerable primer testimonio de un sentimiento excelso, el divino sentimiento del pudor, pues priva á las extrañas miradas de incentivos obscenos; reserva como velado tesoro para el hombre escogido el privilegio de su amor; aquella breve falda fuere para el troglodita hispano, como recóndito último sagrado rincón de su caverna, donde se funden dos almas, se unifican dos seres, y se embelesan dos ideales; y que tan mágico faldellín

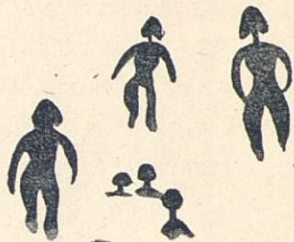
fué emblema del venerando pudor, creo inducirlo además por los tres signos pintados en rojo sobre una especie de sagrado arco peñascoso que se abre en la célebre caverna de Castillo; signos que todos los arqueólogos llaman escudiformes, pero que son exactamente, absolutamente iguales en forma á las falditas de las mujeres de Cogul, hasta identificándose en los dos típicos apuntados laterales extremos inferiores del vestido y hasta las rayas que seccionan algunas faldas.

La diferencia en la presentación de la mujer pudiera decirse que provenía por ser de raza ó de originario país diferentes; pero las mismas pinturas paleolíticas creeríase lo niegan y tal vez se comprobara en el docto y sobresaliente estudio que los señores Cabré y Pacheco



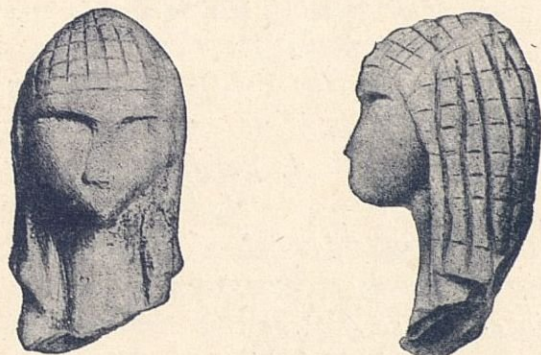
Signos de Castillo llamados escudiformes (España). ■ ■

publicaron con todo acierto y lujo sobre la célebre Cueva del Tajo de las Figuras en la Laguna de la Janda, provincia de Cádiz y dando vista al Africa, de la que se aparta la más corta distancia del Estrecho; se ven en ésta representadas tres mujeres completamente desnudas y muy gruesas, pareciéndose mucho á las de Brassempouy y de Laussel, de las que se diferencian sólo por el peinado á la manera de Alpera y Cogul; luego la probable raza paleolítica que invadiera Europa por la Janda se constituyó con mujeres gruesas que mostraban su total desnudez y así continuarían su viaje de tránsito, y las mujeres de las tribus que se fijaron permanentes en nuestra Patria pudieron transformar vida,



Mujeres de la Janda (España).

figura é ideales y entre éstos sobresalen sentimientos de amor que las conduce á acompañar siempre al hombre y en esa actividad de vida cazadora se cambia su figura en ágil y delgada, y ese mismo amor se particulariza inventando la inmen-



Brassempouy.—Landas (Francia).

sa novedad del traje? Ser paleolítica aquella parte y aun otras de la cueva de la Janda se induciría por el color y realidad de las dichas figuras humanas y los preciosos grupos de sospechados antílopes de un realismo exclusivamente cuaternario.

He mencionado varias veces las mujeres paleolíticas que representaron siempre desnudas, aunque bien se han indicado como luciendo una capucha á la cabecita esculpida en marfil, y hallada en la célebre gruta de Brassempouy, pero creería poder considerársela como peinado rizado de una negra, ya que por cabeza de negroide

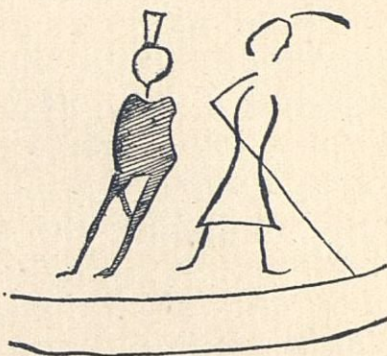


Baoussé-Roussé (Francia).

se publica siempre la semejante hallada en Baoussé-Roussé, que podrían hermanarse á los dos esqueletos de negros encontrados por el Abate Villeneuve en la gruta de Grimaldi, y respecto á descubrir una pelerina en el resalto de la informe esculturilla de Brassempouy sin torso, ni cabeza, ni brazos, ni pantorrillas, paréceme no es para atribuirle como un dato, ni un testimonio, y menos en una cueva de donde se extrajeron unas diez figuritas llamadas humanas y todas vense desnudas.

Y de una en otra van desarrollándose las deducciones, para afirmar las que siguen á las que antecedieron, y que así fueran las mujeres españolas de aquellos primitivísimos tiempos, viene á comprobarlo el que siempre la representen delgadas, esbeltas, ágiles y elevadas, porque en vez de quedarse en la choza ó la caverna para ser exuberante kilográfica Venus cuaternaria, sugiere que las de nuestro país no se separaban de sus hombres, viven ellas cuanto viven ellos, les acompañan á sus fiestas como en Cogul; á sus cacerías, como en la Cueva del Charco del Agua Amarga, y á sus pesquerías, como pudiera representar la pintura rupestre que yo descubrí en la provincia de Soria, término municipal de Montuenga, junto á la carretera de Madrid á Zaragoza, cerca de su kilómetro 174, en el monte denominado «Mirabueno», al que corona recio banco de arenisca, avanzando el superior asiento en pabellón, bajo el que se protege una pintura al aire libre, hecha con ocre negro, y que ha resistido á la acción de tan numerosos siglos; y hasta el detalle del pabellón protector se ajusta á estas circunstancias, que en el cuaternario escogían para sus pinturas rupestres al aire libre: aunque la publiqué en mi libro El Alto Jalón, en 1909, la inserto aquí, sometiéndola á superior juicio, y también porque descubrimientos posteriores en España, ya confirmados por sabios españoles y extranjeros, paréceme la pudieran clasificar como paleolítica; y ya también porque, si resultase cuaternaria, sería la única pintura que hasta hoy se encontró representando escena de pesca. Son, pues, un hombre, sin duda un pescador, que rebuscase las presas con sus múltiples barbeados arpones, y la mujer que le acompaña y ayuda, hacien-

do, por empujes de un palo, que la barca ya inducida por un leño ahuecado, adelantándose inmensamente á la monogila de Estrabón, ó bien sobre una balsa, se desliza por el inmediato y entonces anchurosísimo cauce del río Jalón: y ella va vestida con el corto sayo idéntico á las de Cogul, y el peinado muy semejante á éstas y á las de Alpera, adornándose con una pluma, que también aparece gala de una de las últimas; así como el hombre sobre su cabeza ostenta un adorno trapezoidal, bien parecido al que luce una de las figuras varoniles principales de la espléndida composición de Alpera, que reproduzco para comparación: y continuando en las indicaciones de lo repetidamente que en España la mujer acompaña al hombre, según las pinturas cuaternarias, las hallamos hasta á los peligros y sufrimientos de sus guerras, que así las vemos con rasgos de serena valentía en los empeñados combates que las circundan en las pintadas rocas de la maravillosa Cueva de Alpera.



Peñón de Mirabueno (España).



Alpera (España).

Dispésemese la satisfacción con que repetidas veces y justo encomio cito ese nombre complaciéndome en consignar las grandes singularidades, valer artístico y arqueológico de la Cueva de Alpera, pues bien puede decirse que casi la he descubierto yo para la Ciencia y la publicación, pues para ambos transcendentales fines era ignorada, y á instancias mías, interesé á mi buen amigo y entusiasta arqueólogo D. Pascual Serrano para que, teniendo, por menesteres de su cargo, que recorrer las sierras y campos de Albacete, Murcia y Valencia, rebuscase por las peñas pinturas ó grabados: desde el primer momento entregóse á esas

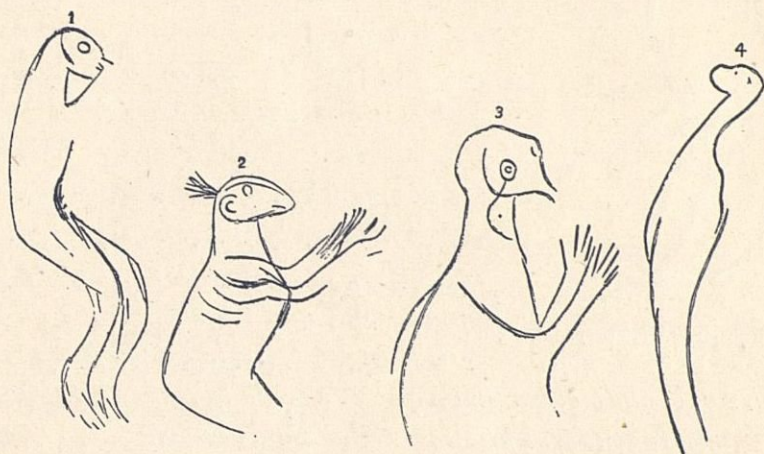
penosas investigaciones, y un día se sorprendió con las pictografías de la Cueva de la Vieja en Alpera (Albacete), copió algunas figuras de hombres y de animales, remitiéndomelas con carta en que me daba la noticia sin concederle importancia: inmediatamente comprendí el valor artístico de aquellas figuraciones paleolíticas, y pues yo no podía ir á estudiarlas, por sujetarme á otros lejanos sitios mis excavaciones arqueológicas, propuse al Sr. Serrano me autorizase á comunicar el importantísimo hallazgo al célebre y doctísimo Abate H. Breuil, que por estar dedicado preferentemente al estudio y magisterio del arte paleolítico, seguramente aceptaría con sumo gusto mi cesión, como así ocurrió, y asociándose al Sr. Cabré, marcharon á Alpera, y la Ciencia fue servida y mi Patria glorificada y yo satisfechísimo, ya porque á esto aspiré, ya al leer el notabilísimo estudio que publicaron en L'Anthropologie, de 1913, y que con nuevas observaciones va extractado en el correspondiente capítulo de este libro.

El párrafo que antecede me separó de las deducciones por que iba desenvolviendo mi tesis, sobre la extraordinaria originalidad del espiritualismo español, del que hallaba algunos irrefutables testimonios en el primitivo arte rupestre, y decía que por las condiciones, también singulares de nuestro país, habían llegado hasta nosotros pinturas en pleno aire y muchas casi al aire libre, desde los incontables siglos del período cuaternario, y que en esas pinturas asistían mujeres á fiestas, á cacerías, á batallas, luego todo esto se figuró en las rocas, luego en España tenemos cuadros paleolíticos, que representan composiciones, muchas veraces y variadas, llegando á inscribir con sus primigenios pinceles, páginas de nuestra Historia, siglos, pero muchísimos siglos antes de que Hesiodo grabara sus primeros renglones sobre los que había de alzarse el templo grandioso de la Historia.

Gran triunfo es de la Iberia, pues si las pictografías extranjeras tienen por asuntos aquellos sencillos y escasos á que me referí, consideremos la enorme, la colosal ventaja que logra el arte primitivo español, concibiendo y realizando amplias y variadísimas composiciones, como las antes descritas, y otras que conoz

co, y que por no haber sido publicadas no quiero ni aun citar para que á los descubridores quede cuanto aquilate su novedad.

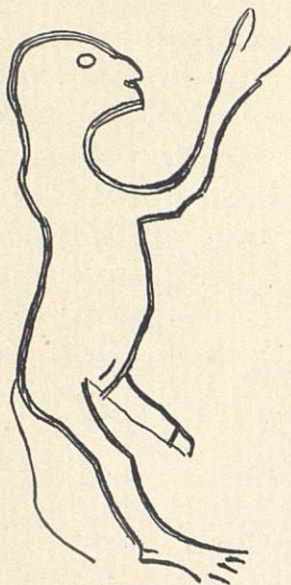
Y más asombran esos inmensos avances del Arte en España, si se considera que en otros países intentaron apenas representar la figura humana varonil, dando por raras excepciones la notabilísima de Laussel, la enigmática de Combarelles, sin olvidar como ésta casi camina á cuatro pies: pues no puedo creer que las grabadas en hueso ya en Cro-Magnon, ya en Mas-d'Azil, ni en el bastón de mando de Gourdan, ni las raras cabezas de Marsoulas



Altamira (España).

sean otra cosa que monos, demostrándose por su semejanza con los simios de Altamira, pues en esta maravillosa caverna española, la superior en arte á cuantas hoy son conocidas, á la que el héroe, el sabio y llorado Déchelette, mi querido amigo, llamaba la Capilla Sixtina del arte cuaternario. Donde todos los animales son representados con un naturalismo admirable, no era posible que deseando pintar al hombre, le figurasen tan bestialmente, y no queriendo el Arte español que caiga tal estigma sobre su genio, abre al público, á la contemplación y al estudio otra caverna, y allí enseña otro de esos llamados antropoides, y para que no se dude le ofrece trepando, y le determina un largo rabo, en Hornos de la Peña, también como Altamira en la provincia de Santander y

lo ratifica con otro mono rabudo últimamente descubierto en la Cueva de la Peña de San Román de Candamo en Asturias, y que

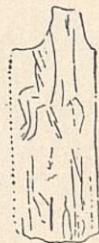


Hornos de la Peña (España).

las figuraciones francesas pudieran ser simios, viene á proponerlo el hueso de reno grabado que se encontró en la gruta de Rivere de Tulle, representando uno de esos anteriormente citados antropoides, poniéndole también su rabo.

Docta, como suya, es la comunicación que el gran sabio y admirable arqueólogo Mr. Salomón Reinach, expuso ante la Academia de Inscripciones y Bellas Letras de Francia, deduciendo por los tres diablillos grabados en el bastón de mando de Teyjat, que éstos y los antes mencionados, pudieren representar á Ratapás, á ese genio misterioso de la reproducción, que vagaba en los aires de ciertos lugares, y á lo que se hubo referi-

do Plinio, cuando consignaba que el aire de la Bética fecundizaba las yeguas, legendario privilegio que asimismo asignaban a nuestro sagrado Mons Tagus, y si tanto nos extrañan esas incomprendibles supersticiones más ha de asombrar que persistiesen en algunos puntos hasta el siglo XVI, cuando leemos que Mr. Jacquot inserta en el Bulletin de la Société Préhistorique Française, en el número del 23 de Abril de 1914, que Mr. Louis Carriere conservaba un decreto del Parlamento de Grenoble de aquel siglo condenando la creencia de los que atribuían á los vientos facultades procreadoras.



Riviere de Tulle.

Y el eminente folklorista, M. P. Sébillot, cita la obra de Fleury de Bellingue, Etymologie des Proverbes Français, impresa en La Haye, 1656, en la cual hay un capítulo titulado «Comment les Juments de Portugal conçoivent de Vent».

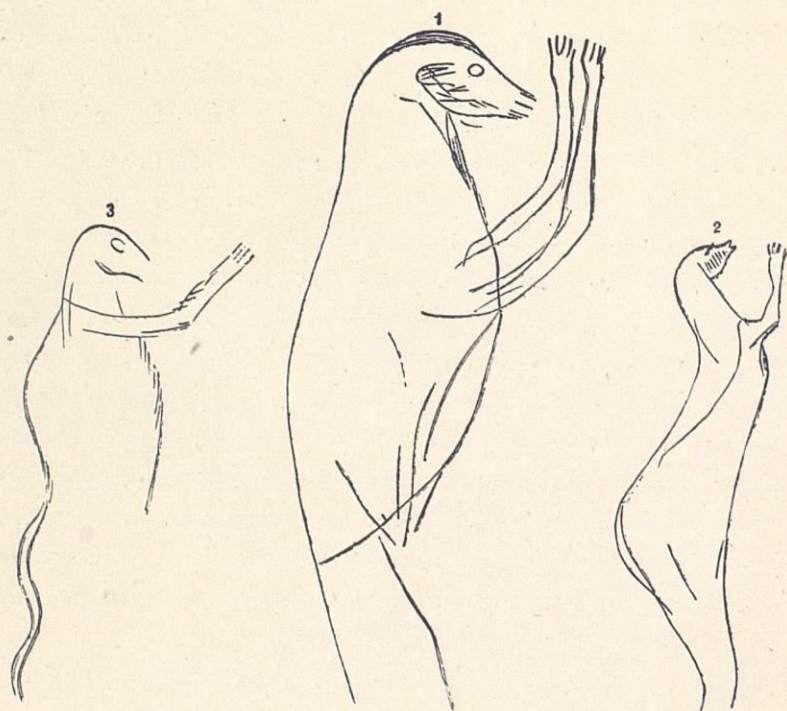
Y Mr. Chatelet d'Avignon comunicó á la «Société Préhistorique Française» que el Dr. Marignan, en el primer tomo de su obra Nimes et le Gard, publicada en 1912, dice que, entre las numerosas supersticiones populares que subsisten en el Bajo Languedoc, es de citar la muy curiosa que se remonta á las edades más lejanas, á los mitos de la Grecia primitiva, que prestaba á los vientos poder fecundante: así Mistral dice que en Gascuña se creía en el siglo XVI que el viento en remolino, y el fuego fatuo, fecundizaban á las mujeres, y, para librarse de él, extendían mijs delante de sus casas; pero este terror aun subsiste en Marsillargues, según el Dr. Marignan, añadiendo que las muchachas temen á los vientos turbillonados, y, para librarse, le tiran piedras, recitando una fórmula de conjuración, que se ha perdido, pero el apedrearle, se conserva. Esto me hace recordar una costumbre, sin duda antiquísima, que ha podido tomar su origen en esa misma superstición, olvidado su alcance primitivo, como en Marsillargues olvidaron la imprecación, y que ya hoy no realizan sino mujeres ancianas, acaso en recuerdo de su juventud: costumbre que subsiste en varios puntos de España, y yo vi practicar con frecuencia en Santa María de Huerta, y es que las mujeres apedrean á los vientos turbillonados y tempestuosos, pero la virtud de dejarlos infecundos para todo mal, sostienen ellas que no lo obtienen sino las piedras recogidas el sábado de gloria durante el rato que tocan las campanas á la Resurrección.

Dejando á parte los diablillos de Teyjat y algunos otros, yo creo varias de las enumeradas figuraciones monos, esos alegres continuadores de aquellos que tanto singularizan el simio yacimiento de Saint-Goudens.

Cuando un tan laureadísimo sabio como Mr. Reinach no concede que sean humanas las figuraciones paleolíticas á que voy aludiendo y las interpreta como expresión de un mito supersticioso, los Ratapás, no ha de poderse censurar porque yo los descifre por monos, que es incuestionable ser á lo que más se parecen y se atestigua por el rabo de algunos; no sería tampoco objeción que de esos animales no se hubieren encontrado huesos en los

kjökkenmöddingos ni en los restos de comida de las cavernas, pues si no hubiéramos de creer que existió otra fauna sino la hallada en tales depósitos fuere indispensable reducir á una insignificancia las especies de animales que existieran en la que sabemos fué variadisima, numerosa y espléndida naturaleza animada del inmenso periodo cuaternario.

Yo, en mi informe para la Academia de la Historia sobre la



Altamira (España).

admirable caverna de Altamira, sospechaba fuesen representaciones de monos y aun indiqué si algunas de focas ó morsas, y esto parecía imposible, pero no tanto si recordásemos que varias son las estaciones prehistóricas en donde se hallaron figuradas las focas, como en Teyjat (Dordoña), las de Montgaudier (Charante), la de Gourdan (Alta Garona), la en relieve de Brassempouy (Landas), la labrada en un diente de oso en Sordes (Bajos Pirineos) y la foca ó Morsa de la Vache (Ariege), según el Abate Breuil,

y hace bien poco tiempo mi tan querido amigo y maestro el sobresaliente sabio Mr. Harlé clasificó como de este mamífero carnívoro la mandíbula derecha y la izquierda halladas en el abrigo Castanet en Sergeac en el valle de la Vézère por el afortunado, docto y expertísimo excavador Mr. Peyrony, debiendo consignar también la mandíbula de foca que encontraron en Raymondén de aquella misma región MM. Fréaux y Hardy: sospechando tan sabios escritores que la foca de Castanet, correspondiendo al auriñaciense medio y la de Raymondén al magdalenense debieron salir del mar remontando la Gironda, la Dordoña, después la Vézère y la Isle, es decir, un recorrido de más de 250 kilómetros



Madeleine.—Dordoña (Francia).

por esos ríos, podemos, por lo tanto, sospechar que las focas no fueron raras en el Cantábrico en aquellas tan lejanas épocas.

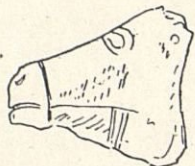
Y entiendo que por focas podría tomarse alguna de las llamadas figuras humanas de Altamira,

al considerar las pintaron sin extremidades inferiores, y una de aquéllas hasta tiene aletas por brazos y especie de cola bifurcada en vez de piernas.

Disfraces para la caza tampoco creo fueran, pues sabido es por la Etnografía que se disfrazan los salvajes con plumas, pieles, cuernos y demás determinaciones semejantes á los animales que se desee cazar, único modo de engañarlos; pero una mascarada de monos en Altamira para cazar bisontes, ciervos y jabalíes, pareceme no la realizarían cazadores soberanamente expertos.

Para mí, entre los hombres representados, tal vez lo fuese el que se graba en un hueso de reno de la Madeleine, en donde se le ve con un palo al hombro, y entre dos caballos, ¿sería aventurada idea de la domesticación de ese solípedo, el compañero del hombre, tan estudiado por el doctor de la Arqueología rupestre,

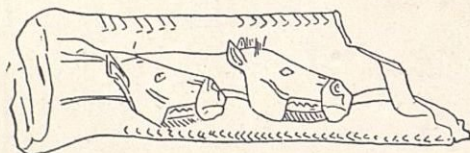
Mr. Piette? Bien recuerdo que hasta tal sospecha, para el periodo anterior al neolítico, se tiene por los sabios, como herejía científica, y no basta á levantar su anatema la persistente repetición de cabezas de caballo con intencionadas rayas, rodeando el hoc-



Mas d'Azil (Ariege).



Mas d'Azil (Ariege).



Mas d'Azil (Ariege).



Hornos de la Peña (España).



Gourdan (Alta Garona).

co, en cuya parte del cuerpo no existen ni pliegues típicos en la piel, ni músculo ó hueso que necesitase determinación: pero si el caballo hubiese sido domesticado, precisaba consignar la acción del mando por la incipiente cabezada que parecieran figurar sobre la cabeza de Arudy, las dos de Brassempouy, las varias de Lourdes, las muchas de Mas d'Azil, el busto de Laugerie-Basse, el

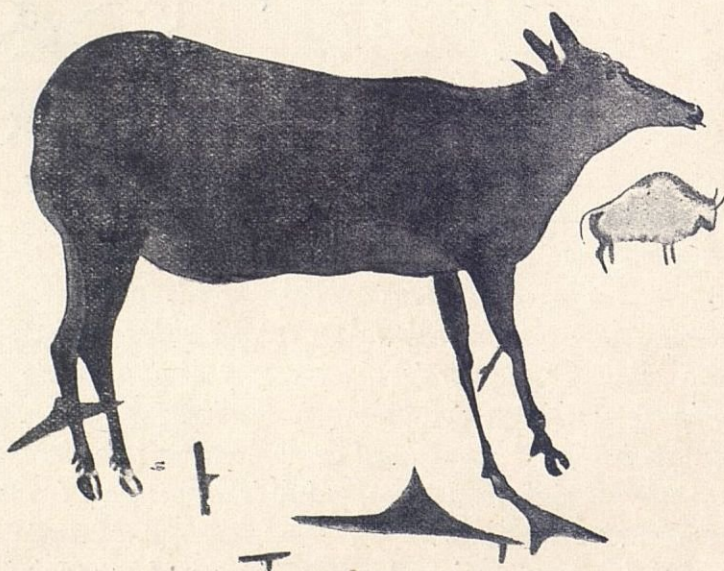
caballo de Niaux, y magnífica es la sensibilizada cabeza relinchando de Mas d'Azil, estación en la que se manifiestan ya profusamente esas rayas misteriosas, lo que podría creerse natural por ser la más aproximada al período neolítico, siendo de notarse que las dichas rayas no se figuran en los hocicos de ningún otro animal cuaternario: conste que no aseguro la domesticación, pero tampoco afirmo, que no pueda llegar día en que, para varios de estos misterios, algunos datos reveladores los expliquen y á la manera de la Mouthe se deshicieran convicciones como la que fué persistente y clamorosa negación de las paleolíticas verdades de Altamira. ¿No es paleolítica la cueva de Alpera? A su lado se halla el Alce clasificador de la del Queso: en Alpera van repetidas veces en figurada sociedad un cazador y un cánide, y allí mismo varias son las cacerías donde corren los perros entre los hombres, pues chacales ó lobos son mucho menos domesticables y además la forma de las colas por canes parece determinarles. El perro es un animal sociable y sumamente inteligente; más práctico y fácil le era comer los innumerables restos que en los ingresos de las cuevas y alrededor de las chozas, se ha demostrado que abandonaban las primitivas tribus, así el perro acostumbrárase á ver los hombres; y el afortunado día en que marchase al monte un cazador, y le siguiera un perro, y al disparar su flecha aquél y herido el corzo, aun más corriera que el hombre, pero menos que el perro, y éste le alcanzara y le rindiera, y el cazador, apreciando el acto, cobrase la pieza, al punto la domesticación del perro naciera por la gratitud y el beneficio?

Tan sólo en España aparece en las pinturas paleolíticas el



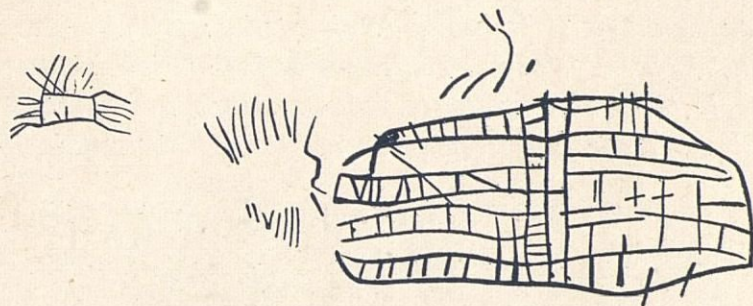
Alpera (España).

hombre asociado á otras representaciones humanas; esta extraordinaria originalidad ibérica, este inmenso adelanto artístico excede á toda medida y logra toda admiración. Ya le hemos reseñado como cazador, venciendo á todos los animales, con su valor y su robustez, como con su ingenio inventando ardidés y útiles, para redoblar su acción; así esos signos llamados naviformes, que serían armas de dura madera, en forma de descompuestos triángulos ó pirámides, que colocados en el suelo de las sendas ó desfiladeros, por donde conocían caminaban los animales de pezuña al pisar sobre ellos, se hincaba en el intermedio de aquélla, hiriéndoles más dolorosamente cuanto más corrieran, y al fin quedaba víctima del cazador; ardid tan usado hasta por los pueblos históricos para defenderse de la caballería enemiga, y así este tribulo ó el murex ferreus de los romanos se generalizó como ingenio de guerra: y para más indicar que aquél en el cuaternario era venatorio, no sólo aparece múltiplemente pintado á los pies de la magnífica corza de Altamira, sino que hincado se ve en su pezuña derecha delantera. Para cazar los grandes animales, como el elefan-



Signos llamados naviformes. — Altamira (España).

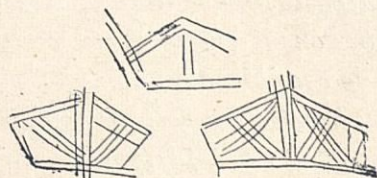
te, y las fieras mayores, precisaban trampas, y sin duda las armaron sobre simas ó profundos hoyos y barrancos, tendiendo cruzados troncos de árboles que recubriesen ramajes y hojarasca de las plantas más codiciadas por los animales que se acecharan, y así



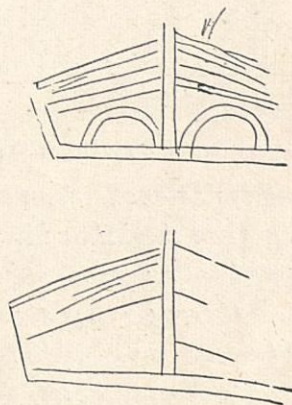
Signos llamados tectiformes.—Altamira (España).

entrando en la falsa pradera ó el fingido tallar, se hundieran al foso sin salida, en donde, ya cautivo, les matasen á golpes de peñas y á heridas de estacas puntiagudas.

Como tan gran beneficio reportasen estas trampas á pueblos exclusivamente cazadores, es natural las figuraran en sus pinturas de animales vencidos ó deseados, por lo que tal vez sea el verse en la segunda cueva de los Cantos de la Visera,



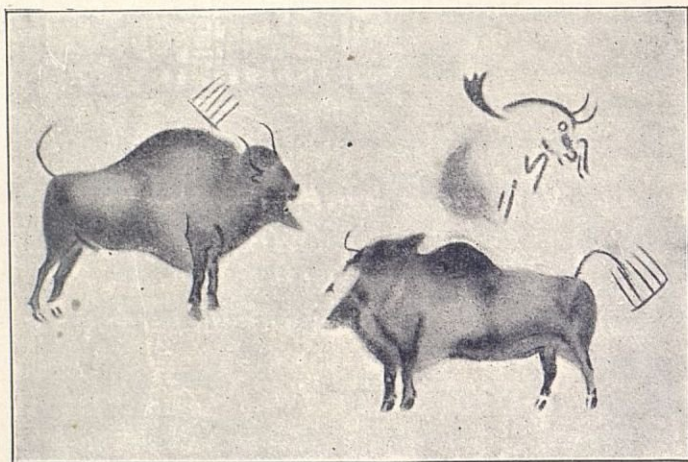
Signos llamados tectiformes.
Font-de-Gaume (Dordoña).



Signos llamados tectiformes.
Font-de-Gaume (Dordoña).

en la parrilla de Novales, en los más esmerados y geométricos de Castillo y en el perfectamente definido y hasta con su determinado ingreso en la monumental Altamira; artefactos á que los arqueólogos franceses llaman tectiformes.

Y por tectiformes consideran los más de diez signos que se destacan por la pintura ó el grabado en los peñones de la grandiosa caverna de Font-de-Gaume, pero yo también por trampas de caza los considero, pues idea de chozas es imposible de aceptar, toda vez que las tenidas por techumbres apoyan en puntales, que van en diagonal pronunciada al exterior; por lo tanto nada pueden sostener, y, por el contrario, su inclinación hiciera desplomar la techumbre. Y hasta guía á inducir á sospecharse si estos signos testiformes serían trampas para cazar bisontes, pues



Signos llamados pectiformes.—Altamira (España).

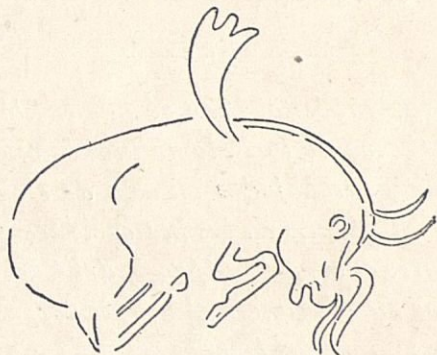
tales signos se encuentran con preferencia en las localidades donde se graban ó pintan bisontes como en los ya indicados y aun superpuestos en esos animales como en Bernifal y Font-de-Gaume. Observaciones sobre las que ya escribí.

El bisonte era un animal rudo, con fuertes y agudas astas, piel durísima, que más defiende su enmarañado pelaje; para herirle y cazarle nada servían los empuñados y destasquilados sílex, y el hombre acudiría á inventar un arma que, reuniendo seis ó más rectas astas unidas á un crucero de madera hincado en largo mástil, formase un formidable seidente, que hiriera mucho, profundo y desde lejos; por tal ingenio venatorio me inclinase á tomar los llamados signos pectiformes que se pintan en Altamira, exten-

diéndose también á las estaciones extranjeras de Niaux y Marsoulas, tan ricas en bisontes, y anotando que ese signo ó arma no se encuentra sino al lado de estos animales, ó como hincados en sus costillas.

No olvido que á esos emblemas se les tiene por manos estilizadas, pero también recuerdo que, por bárbaros que fueren los pintores paleolíticos, bien veían que las manos tienen cinco dedos, y hay signo de los comentados que junta no menos de siete líneas; y caso de anotar es que en la caverna de Gargás, donde por centenares se cuentan las manos impresas, ó contorneadas, no exista ningún signo pectiforme.

Otra arma igualmente terrible debió inventar el cazador hispano, que tal vez lo fuere los signos rojos de Santían, también clasificados por manos, cuando pudo ser una estaca agudizima por un extremo, y como con dedos al

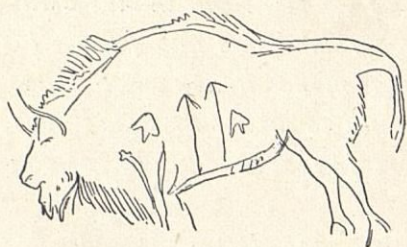


Signo semejante á los de Santían.
Altamira (España).

otro, entre éstos se metieran los del cazador para empuñar tan larga arma, que en tal caso resultaría el más remoto origen de la espada, y el destino de este útil fuere para herir, que así le vemos hincado en el lomo de un bisonte de Altamira, el que por su actitud de caído, y retorciéndose, como por su expresión nos fingirían las angustias de la muerte.

Hemos presentado al hombre primitivo ibérico de cazador, y si pasamos á estudiarle como guerrero veríamos, no sólo la variedad de sus armas, entre las que descuellan los arcos, de diferentes formas, pero siempre de gran tamaño; los haces de flechas, que muy numerosas llevan generalmente en la mano derecha, sin duda por desconocer el carcaj; las flechas fueron de arte singular, pues resultan muchas con una sola barba, y como tan delgadas aparecen, tal vez hiciéranlas de duras maderas aguzadísimas,

ó de que por muy probable tengo las usasen también de esa materia en el período cuaternario, al advertir que en un notable bisonte de la célebre caverna de Niaux, se pinta admirablemente al animal con cuatro flechas hincadas en su flanco izquierdo, siendo



Niaux.—Ariege (Francia).

dos cortas y gruesas, descubriéndose perfectamente querer representarlas de sílex, y las otras dos pintadas por trazos finísimos y largo mástil, de modo que al ver la perfección de las pinturas es evidente determinaron esa diferencia en las flechas con delibe-

rado propósito. Bien sé que también se hallaron en Castillo y en la Cueva de la Paloma inducciones de flechas semejantes delgaditas trabajadas en asta de ciervo.

Siguiendo en las indicaciones militares que suministran las célebres cuevas de Alpera y del Charco del Agua Amarga, descubrimos en la primera el uso de largas jabalinas, que originasen lanzas; no menos frecuentes son las azagayas, y hasta pudiera medirse el alcance de su propulsor arroje, pues en lo alto de la espléndida composición de Alpera, y hacia su mitad, hay unos grupos de combatientes, marcándose bien el vuelo de una azagaya: por rara excepción usóse el lazo, y es curioso advertir que cuando el guerrero caminaba fué su costumbre llevar el arco debajo del brazo, actitud que en la misma cueva repetidas veces se detalla.

Pero aun allí mismo, y en el mismo asunto, se pinta otra mayor singularidad sobre las que vamos enumerando, que se refiere nada menos que al arte de la guerra; allí se ven dos grupos de combatientes, de seguro nacionalizándolos por de pueblos distintos y hay determinación entre los que atacan, porque tal vez invaden, y los que se apostan para defender su tierra, así vense á los del lado derecho moverse en rápido avance y usar enormes arcos y tensionadas flechas, mientras que los del bando opuesto aguantan el ataque en cuclillas ó con las piernas en flexión y combaten con voladoras azagayas.

Cuando me referí á que la vida activa de compañera del hombre hizo figurar delgadas á las primitivas mujeres españolas, debí consignar la rigurosa exactitud con que los pintores cuaternarios ibéricos representaban todo; así la vida de cazadores de inmensa actividad, de correr llanuras, subir montañas y saltar precipicios hizo que las piernas de los hombres alcanzasen un tan descomulgado desarrollo, que por colosales se pintan en las cuevas españolas.

Fuera inacabable relación si todas las novedades arqueológicas, y hasta históricas, de las pinturas hispánicas quisiera enumerar, pues en ellas hay detalles interesantísimos y singulares de armas, trajes, adornos, peinados, costumbres, fiestas, batallas y aun ceremonias y sentimientos: curiosísimos detalles se extienden por todas sus pinturas, así tan doctamente estudiaron y expusieron los Sres. Ismael del Pan y Paul Wernert en científica publicación de este nuestro Instituto titulada Interpretación de un adorno en las figuras humanas masculinas de Alpera y Cogul.

Siento alargar esta especie de portada al ingreso del notable libro del Sr. Cabré, pero aunque caigan en pesadez estas notas, me ha parecido que no holgaba el consignarlas, pues las novedades logran siempre privilegio de atención, y la supremacía de la Patria, aun narrada por un coplero, ilumina los ojos, entusiasma el corazón y sublima la inteligencia. Dispensadme, pues, algunos párrafos más, que siempre son oportuna la gratitud, necesaria la justicia y admirable el mérito. Debo cumplir, la primera, ejercer la segunda y proclamar el último.

Cábeme la alta honra de haber sido nombrado Director de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, creada por Reales órdenes de 28 de Mayo de 1912 y 26 de Mayo de 1913; Comisión que se completa con el Sr. D. Eduardo H. Pacheco, Jefe de trabajos, y D. Juan Cabré, autor del presente libro y Comisario de Exploraciones, acreciéndose ya dicho organismo con el Excmo. Sr. Conde de la Vega del Sella, doctor Hugo Obermaier, Sres. D. Orestes Cendrero, D. Ismael del Pan y Paul Wernert, en concepto de actuales colaboradores.

Esta Comisión ha sido generosa y paternalmente acogida é instalada en el Museo Nacional de Ciencias Naturales por su Director, Ilmo. Sr. D. Ignacio Bolívar. Esta Comisión ha podido publicar sus ya numerosos trabajos, gracias á la espléndida protección de la doctísima Junta para Ampliación de Estudios é Investigaciones Científicas, de cuyo eminente Instituto forma una modesta secuela el nuestro: quede consignada nuestra profunda gratitud á aquel centro de tan admirables estímulo y protección á la Ciencia y la cultura española: cúmpleme, pues, no atajar el vuelo de mi pluma, que como antes indiqué, desea proclamar nuestras gratitudes, honrarse con la justicia y admirar el mérito de cuantos me acompañan en la científica empresa, y de si cuantos nos ayudaron ¿cómo no de cuantos nos protegieron?

Débase la idea de crear esta Comisión á los Sres. Cajal y Bolívar, y á ellos la propuesta para mi nombramiento, que saben no quería aceptar, por falta de condiciones y merecimientos.

¿Qué he de decir del incomparable Dr. Cajal?

Quédese una línea en blanco como representación de todo un volumen de elogios y admiraciones que su inmensa ciencia sobre su creador talento han conquistado.

.....

Del Dr. Bolívar no he de enumerar su extraordinario valer científico: todos los sabios se le reconocen, y como ellos, los que no lo somos, también le admiramos: es un hombre que vive para el trabajo, para el magisterio, para la ciencia; vió que de ésta destacábase una sección que ofrecía novedades, pero también muchas nieblas, la Sección Prehistórica, y vió que éramos varios los que afanosamente caminábamos entre aquellas sombras buscando desembocar en algún oasis de luz que resplandeciera verdades científicas; inmediatamente corrió á nuestro encuentro, nos tomó por la mano, nos condujo á su científico Museo, nos ofreció lugar en su templo de Minerva, nos hospedó con amor, y viene desde entonces guiándonos con su ciencia, animándonos con su ejemplo, complaciéndonos con su cariñosa amistad, y dándonos vida con su protección.

Compláceme llegar en esta enumeración al eminente Catedrático de Geología en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Madrid, D. Eduardo Hernández-Pacheco, á quien tanto debe esta Comisión, pues desde el primer momento, al lado de los doctores Cajal y Bolívar, fué su más activo, eficaz y docto auxiliar para constituir la, y una vez en marcha, la dedicó su probada ciencia, su elevado talento, su incansable actividad y una persistente constancia en el avance, que hasta le hacía escatimar el necesario reposo, para todo ofrecerlo al científico trabajo.

Y del incomparable Comisario de Exploraciones en nuestra Comisión el Sr. D. Juan Cabré Aguiló, autor de este libro tan notable, no debo hacer juicio, pues el lector va á decretarlo por sí, sólo permítaseme añadir que hoy en España no hay otro que pudiese intentar tan ardua empresa, como tampoco hay quien le aventaje á leer los grabados y pictografías rupestres y á interpretarlos y transcribirlos, ni quien haya recorrido, examinado y estudiado un número tan grande de yacimientos, cuevas y cavernas paleolíticas y neolíticas salpicados por la enorme extensión de nuestra Patria.

Altamente favorecida se ve esta Comisión por la importante ayuda que le prestan doctos colaboradores, como el excelentísimo señor Conde de la Vega del Sella, ya tan distinguido por las varias publicaciones en que tomó parte, y se detallan en este libro, y ya también por los notabilísimos descubrimientos que realizó en su publicada Cueva del Penicual (Asturias), y aun más singularizados por la otra de su invención Cueto de la Mina, en Posada, logrando determinar un yacimiento de la más extraordinaria rareza para España, al descubrir, recoger y clasificar entre varios niveles una rica estación solutrense con numerosísimos útiles de prolija y delicada labor, cuyo gran valer arqueológico se acrece por las dificultades de la clase de piedra en que se tallaron las minuciosidades del arte á que corresponden.

Y los sabios profesores D. Orestes Cendrero y D. Ismael del Pan, que honraron ya dos de nuestras publicaciones con sus notables escritos y la autoridad de sus reputadas investigaciones.

Y tratándose de colaboradores en nuestros trabajos prehistóricos, debe citarse tan en primer término al que aun no apareciendo serlo en nuestra Comisión, lo es de hecho y de honor en cuantas obras se escriben y se escriban sobre el arte rupestre y las excavaciones paleolíticas en España, y no precisaría más detalles para que todo el mundo, dado á estos estudios, se apresure á reconocer al ya célebre español D. Hermilio Alcalde del Río, pues muchas son las cavernas y cuevas en la región cantábrica que él personalmente descubrió, que con acierto y perspicacia ha interpretado, y que doctamente expuso en autorizadas publicaciones, así que en cuantas se produjeron y escriban tiene que aparecer colaborando, pues es imprescindible citar su nombre y sus descubrimientos, llegando á magistrales en su importantísima caverna de Castillo (Santander), que es un espléndido Museo de pictografías é industrias cuaternarias, y cuyos múltiples niveles fueron tan sabiamente desdoblándolos, para leer como en páginas de un códice incomparable donde hubiere escrito su Crónica la Antigüedad, soterrándola ella misma, para que como premio á su amor á esta ciencia, la hallasen un día, y pudieran leerla y magistralmente enseñarla á la asombrada modernidad, su descubridor Alcalde del Río, y los sabios extranjeros MM. Henri Breuil y Hugo Obermaier; al consignar este último nombre debo dedicar algunas líneas á nuestros colaboradores extranjeros: pero antes permítaseme hacer mención especial del docto y eminente explorador R. P. Sierra.

Entre los grandes geólogos y paleontólogos un lugar preeminente, y entre los glacialistas, el primero, se ha conquistado el sabio profesor alemán Hugo Obermaier, que asociado á nuestra Comisión colabora con sobresaliente grado en varias de nuestras publicaciones, avalorándolas con su extensa y profunda ciencia universalmente aplaudida.

Un joven de altos estudios, de afanosa investigación científica, de una práctica admirable en las excavaciones, aquíladas por el método más riguroso, en fin, uno á quien podríamos calificar de docto en los estudios y trabajos paleolíticos, tal es nues-

tro notable colaborador germano Paul Wernert. Y así como al considerar la representación que logró en esta moderna ciencia el Sr. Alcalde del Río, nos honramos y complacemos dedicando los mayores elogios, y reconociendo que tampoco se puede en España dar un paso en aquélla sin estudiar, sin inquirir, sin aprender y sin admirar las magistrales obras de los grandes sabios exploradores franceses, el reputadísimo Decano de la Ciencia Mr. Emile Cartailhac, el clasificador admirable Dr. Capitán, el profundo sabio divulgador, el sintético y heroico Mr. Dechelette, el infatigable explorador, el cronologista cuaternario, autoridad científica paleolítica Mr. l'Abbé Henri Breuil; el maestro analista de nuestras antigüedades, Mr. Pierre Paris, y aquel eminente sabio, aquel célebre paleontólogo, Mr. Edouard Harlé, que ha tenido la generosidad sin término, el trabajo incansable y la certidumbre en sus determinaciones de clasificar cuantos restos de la fauna se hallaron en los muchísimos yacimientos explorados en España.

Fuere una grave omisión citar estas autoridades científicas extranjeras y no mencionar con reconocimiento, y el más caluroso aplauso, al eminente Instituto de Paleontología Humana, fundado y establecido en París por el soberano de los Mecenas modernos S. A. el Príncipe de Mónaco, que en su amor á nuestra Patria y á la Ciencia ha editado, con esplendidísimo lujo, ya varios tomos de admirables obras, estudiando y describiendo muchas cavernas ornadas de nuestra artística é incomparable paleolítica Costa Cantábrica. Instituto de Alberto I de Mónaco, que tanto se acredita bajo la dirección del celebradísimo sabio monsieur Mercelin Boule.

Bastantes más extranjeros de diferentes países ayudaron los trabajos de estudio, análisis y publicación sobre descubrimientos prehistóricos en nuestra Patria, pero aunque mucho me complaciera citándolos, fuere extender sobradamente este conato de prólogo, y, además, resulta innecesario, pues ya el Sr. Cabré, no sólo los nombra en sus completos datos bibliográficos, sino que hasta por fechas los determina, así que yo cité solamente los sabios extranjeros que realizaron exploraciones personales en Es-

paña; y de los españoles me reduje á los que forman parte de nuestra oficial Comisión, pues en servicio y gloria de la Ciencia hispana reconozco con justicia, y proclamo con orgullo, ser infinitos los que la dedicaron y dedican sus fructuosos y tan importantes trabajos, que para memoria perdurable, magistral enseñanza y diploma de honor los dió asiento, como en cónclave de patriótica sabiduría, aquel maestro de los doctores, aquel que atrajo á sus ojos la visión de cuanto hubo existido, á su memoria el archivo de cuanto se hubo pensado, y á su inteligencia los inventivos resplandores de cuantos son los privilegios del Genio, el incomparable Marcelino Menéndez y Pelayo, en el primer tomo de la segunda edición de su inmortal obra Los Heterodoxos Españoles.

Pero el libro del Sr. Cabré, y, por consiguiente, este que por no llamarle prólogo, le consideraría como modesto pórtico de ingreso, ensayos son de prehistoria, apuntes para el arte paleolítico, datos de pintura rupestre, y aspirando á ser esto, no puede un español, más aún, no puede nadie pretender iluminar la ansiosa mirada por entre las rasgadas nieblas de tales estudios, ni aventurar los pasos por sus inextricables senderos, sin que por la gratitud, la admiración y la justicia se apresure á reconocer que aquella difumada luz la hubo convertido en sol de verdad, aquellas laberínticas sendas las transformó en rectas y anchurosas vías el español Sautuola, el inspirado inventor de la maravillosa caverna de Altamira, el que jalonando sus admirables descubrimientos, desde que en 1875 apercibe los iniciadores dibujos negros altamirenses, hasta 1879, en que ya manifiesta y resplandece el portento de aquella techumbre, que fué como abrir el cielo de la teogonía de los primitivos hombres; y esta verdad científica, no sólo tuvo un pueblo que la negara, sino que el mundo, balbuceando por unánime voz, se alzó en su contra; pero la verdad es un sol, que si por breve tiempo le entolda pasajero nublado, triunfa siempre, y así la caverna de Altamira y su docto descubridor D. Marcelino S. de Sautuola, tuvieron un precursor que la proclamase, que era un gran sabio para defen-

derla y una hispánica voluntad para conducirla al triunfo, y este célebre geólogo, D. Juan Vilanova, la explica en París, la presenta en Berlín, la discute en Lisboa y en todas partes, y al fin, consigue un solo voto en su favor, el del Príncipe de los exploradores, el que uniendo á gran ciencia, una genial imaginación, ha conquistado tanta gloria en tantísimos lugares por él excavados y entendidos, el admirable Mr. Piette, que ya en 1887 escribió á Mr. Cartailhac, reconociendo por magdalenenses las pinturas de Altamira, y él también fué el primero que las relacionase con los grabados de la gruta de La Mouthe, estudiada por Riviere en 1895, aunque ya apercibidos por los Berthoumeyrou en 1894.

Pues tratamos de manifestaciones del arte rupestre paleolítico, honremos tan excelsamente como merece al científico Apóstol de esta ciencia, al Sr. Sautuola, que no sólo fué el inventor de aquéllas, sino que supo entenderlas y explicarlas con aciertos magistrales y permanentes: gloriése, pues, nuestro entusiasmo con este victorioso triunfo de un español al que la ciencia paleolítica rinde universal homenaje.

Gloria y satisfacción patrióticas que fueren las más oportunas para cerrar el ya extenso deshilvane de estos renglones, pero dispensadme que necesito todavía algunos más, ya que se deslizan por aquéllos no pocas hipótesis; ese vagar al tanteo, que es naturalísimo entre cuantos caminamos por sombríos desfiladeros hacia un horizonte que cierra la bullente accidentada línea de rosados misterios, siempre por tales atractivos, y al alcanzarles y al entrar por las acapulladas y movidas gasas en donde parece que la ninfa del misterio se recoge, seguimos tras ella, como desagrumando las embalsamadas hojas de la rosa se desliza la zumbante abeja hasta los pétalos de la reservada corola á libar los dulzores del germen que ha de levantar algo tangible y seguro como la mágica arquitectura que es el palacio de la miel: á esto aspiran las hipótesis ¡feliz el que consorcia la aspiración con el éxito! Pero el intentarlo es siempre plausible y hasta obligatorio en prehistoria; así leí con tanto interés y aplauso el libro que

á presentar hipótesis dedicó el sabio Presidente de la Sociedad Prehistórica de la Charente y célebre explorador, Mr. Gustave Chauvet.

Es cierto que yo tímida, modestamente, he indicado algunas hipótesis; no las sostengo, las apunto, para que los maestros decidan, pero al menos sálveme el buen propósito, y toda la responsabilidad es personalmente mía; ni la más insignificante alcanza á la docta Comisión que me cabe en suerte la honra de presidir, y también la de presentaros y juzgar esta importantísima obra del Sr. D. Juan Cabré: en ella ha elevado un hermoso monumento á la ciencia paleolítica, le da por cimientos toda la solidez del insaciable estudio: alza el severo pedestal con los pulimentados sillares de imparcial y docta crítica, la grandiosa figura que sobre aquél se yergue, es el cuerpo sublime de la ciencia que á centenares formaron los sabios hasta el día, pero esculpida por el acoplador cincel del autor: los artísticos paños que la exornan son el admirable tejido de las exploraciones y excavaciones de Cabré; en la cabeza donde se inscriben todos los cánones de la belleza, es la aspiración á la verdad, y de la entreabierta boca parece que surge un clamor, como si animándose la escultura, fuere el de los hervideros del patriotismo, y los ojos que se abren y se abren contemplando al docto lector como en pregunta, como afanosamente inquiriendo si se logra con este libro servirle y complacerle.

El Marqués de Cerralbo.



Chancelade (Dordoña).

El Sr. D. Juan Cabré ha tenido la amabilidad de prestarme algunos de los grabados de su obra para la mejor explicación de mi prólogo, otros he reproducido de publicaciones de nuestra Comisión y de MM. Reinach y Breuil, como varios de algunos otros trabajos míos.

Co
B